

CLAUSTROFOBIA

Desde que recuerdo, siempre he huido del sol. Desde que era más pequeño tengo el comportamiento de una fugitiva sombra. Soy el único ser que odia la luz de su primer día. En mi memoria existen recuerdos, como sueños, de una reja de intrincados arabescos por la cual apenas se filtra la luz, veo en rápidos parpadeos una haz que retratando al polvo penetra y me veo a mí mismo huir asustado, temblándome la vida, buscando el refugio más oscuro de mi habitación. Al acordarme de ese momento aún me estremezco y me arrincono sin podérmelo explicar.

He oído referir a mi madre que cuando yo nací, la luna salió de día y parecía estar tan cerca que se podía tocar. Dice que todos los animales de la granja se guarecieron, pero no por la noche prematura y sorpresiva, si no por un miedo que ya jamás los abandonó.

También le he escuchado decir a mi madre, que, con un llanto que no era humano, lloré al sentirme arrebatado de la tibia oscuridad del vientre materno, como si adivinara el mundo de luz al que era yo arrojado. Dice que lo más extraño fueron las garras, raras en un recién nacido, con las que le arranqué un ojo a la partera, para después arrastrarme debajo de la cama jugueteando y mordisqueando la canica ocular.

Al recordar esos comentarios fuerzo mi garganta para gritar y brotan unos gruñidos que rebotan en las paredes. Me palpó mi cuerpo y lo siento cubierto de ralos pelos, enmarañados; mis uñas son largas y afiladas; mi vientre es abultado. Intuyo ser un monstruo.

Quizá por eso será que mi madre me recluyó en esta habitación, mandando tapiar las ventanas con gruesos tablones y manteniendo siempre cerrada con llave la pesada puerta de metal.

Detrás de esa puerta se mueve un mundo silencioso de personas que sé que existen por que las percibo por su muy particular olor. Es gente que quisiera no proyectar su más mínima sombra por temor a que esa silueta negra sea yo. Apenas y arrastran los pies por miedo a despertarme y que eso cause mi enojo. Todo eso lo siento flotar en el ambiente.

El zumbido de las moscas a mí alrededor es muchas veces la única música que escucho. En ocasiones, cuando la casa duerme de silencio, se oye un piano que a lo lejos acompaña una dulce voz infantil que canta quedamente un arrullo, y yo, contagiado por el canto, trato de imitarlo, pero de mí sólo brotan agudos chillidos, y aunque pretendo modularlos, corren haciendo eco por los estrechos pasillos, y la voz cesa espantada. Y suelo ponerme muy triste.

El olor a humedad y putrefacción de mi cuarto me fascina, lo aspiró placenteramente. Las veces en que me avientan la comida, a través de una oquedad que hay en la puerta, se cuele un fresco olor a día que me provoca náusea y hace que vomite coágulos de sangre. El aroma de las maceteras de los corredores se queda en el aire hasta después de pasada mi digestión. Lo verdaderamente inexplicable son los cientos de crucifijos que tapizan las paredes, y que son idénticos a los que traen al cuello mi madre y la servidumbre; al tocarlos me queman.

Me ahoga la claustrofobia, me asfixia y me ciega. Deseo escapar de mi forzoso cubil, de esta cárcel que yo no pedí, de mi negra boca en la que habito y que se estrecha cada día que pasa y va apretando mis sueños. Entonces es que se me revela la monstruosidad o locura que padezco. Un furor me acomete, un hervir de mi sangre que se me acumula en el rostro y en las sienes, la pelambreira que tengo en la espalda se me eriza, mi garganta se deshace en quejidos y aullidos, y acometo la puerta, las ventanas, las paredes; golpeo con rabia todo aquello que obstruye los huecos hacía mi verdadero hogar: la noche.

Sueño, muero por la noche. Fantaseo verme rodeado de su oscuridad, sentirla ceñida a mi cuerpo como el ser vivo que es, y escuchar el silente sonido que le acompaña mientras fugaces destellos selenes la rasgan. Presiento la noche como si la negrura de mi habitación escapara e invadiera el día, extendiendo su manto para que yo pueda correr libre en su inmensidad. Cuanto odio a la luz que mantiene a raya mi mancha, mi pequeña jaula nocturna. Ojalá todos los días pudieran ser una noche eterna, sin estrellas, sin soles, sin cometas.

Puedo escuchar el llamado de la luna, mi verdadera madre, la que todos miraron temerosos el día de mi nacimiento, la que semejaba un ojo vigilante y protector. La llamo durante horas, pero no me contesta, parece no escuchar mis cánticos, que quizá no salgan de mi cuarto y por eso ella permanece indiferente.

Los que responden son los crucifijos. Que irradian un fulgor que me molesta, que me quema. Intento huir, la puerta no cede, está clavada al techo y al piso. Tras ella escucho un rumor de voces apagadas, de rezos, Enloquezco más y arrojo espumarajos rojos por la boca. Tirado en el suelo me retuerzo entre los cadáveres de los animalillos que me sirven de alimento. Un alarido escapa de mi garganta mientras aumenta la intensidad de las plegarias. Después, cuando ya todo se ha calmado, experimento un deleite al sentir la adrenalina que despidió la gente, su miedo sudado me extasía.

Mi mal radica en esta hambre, en esta sed, que yo sé es saciable con carne y sangre humana, genero al cual ya tengo la certeza no pertenecer; lo sé. Si algún día cediera la puerta, no tendría que conformarme con la tibia sangre de unos cuantos animalillos. Yo necesito calmar mi instinto con el miedo que me profesan los humanos, para así, regodearme en mi placer. ¿ Qué sabor tendrá el plasma de la gente que reza cuando la claustrofobia me ahoga?

Algún día cuando crezca, dejando atrás la infancia, tendré la fuerza necesaria y caerá la puerta. Así, abandonare mi claustrofóbico trozo de oscuridad para ir hacia la verdadera noche, abierta, inmensa...

Visor Morlaco